

longada agonía, presento ante sus ojos el santo crucifijo, les estrecho la mano, les designo el cielo, y tributo á sus pobres restos las honras fúnebres, único bien que me es dado proporcionarles. Gracias á mí, no mueren abandonados en sus cabañas; uno tras otro han tenido mis sábanas por mortaja, y la fosa, que mis manos han abierto, depara á cada cual un lecho de arcilla en el cementerio.

Sin embargo, hace dos ó tres días que la epidemia va disminuyendo en mi pobre aldea. ¡Ay, ya era tiempo! ¡Cuántos hogares apagados! ¡Qué de campos sin labrar! ¡Qué de puertas cerradas! En cambio va en diario aumento en la ciudad. Allí los pobres atacados mueren sin socorro; los hospitales están llenos de enfermos, y los muertos no dejan bastantes sitios desocupados para los moribundos; los templos, demasiado reducidos, rebosan de ellos; la aglomeracion de cadáveres en su pórtico no permite que se reciban otros nuevos; los enterradores están rendidos á fuerza de trabajo; un puesto en el sepulcro es un don que se solicita con empeño; los convoyes de muertos son numerosos y una cruz acompaña á cada mil ataúdes; no hay bastantes sacerdotes para auxiliar á los moribundos, por haberlos diezariado la epidemia: su pié abre á los apestados el camino de la tumba, y así como el pastor va detrás de su rebaño, el sacerdote conduce el suyo al sepulcro para reunirse con él en la misma fosa al día siguiente.

Apenas sobreviven tres ó cuatro, y para ayudarlos en su piadoso deber, bajo á la ciudad todas las mañanas y regreso por la noche. ¡Oh! ¡Con qué presteza me dirijo al camino de la tumba! ¡Cuánta será vuestra gracia para conmigo, oh Señor, si sucumbo en esta sagrada tarea! ¡Si yo, que perderia gustoso mi vida marchita, viese que la aceptábais á cambio de la de mis hermanos salvados! ¡Ah, Señor, con tal de conservar el esposo á la mujer, la madre al hijo, tomad alma por alma!

\*\*\*\*\*

Valneige, 16 de diciembre de 1803.

Regresaba yo esta noche de la ciudad para volver á bajar mañana con el corazón manando sangre, los piés lacerados, y el ánimo abrumado por el peso de las miserias ajenas, como Jesucristo subía á su calvario inclinado bajo el peso de la cruz, é iba recitando en voz baja las preces de los difuntos en obsequio del alma de los que acababa de enterrar. Las tinieblas nocturnas envolvían las silenciosas campiñas; y mientras continuaba mi subida, iba apareciendo una ténue claridad por las crestas de las montañas por las que en breve debía asomar la tardía luna. Apareció esta por fin como un carbon hecho ascua que se saca antes del amanecer de la boca de un horno, y

deslizándose su resplandor como un arroyo, alumbró la senda por donde yo iba, desviada de toda otra; ágrío y escabroso sendero suspendido al borde de los abismos, que se hundía en las gargantas para subir de nuevo á las cumbres, y que dando luego la vuelta al declive de la roca, iba á parar á mi iglesia.

Hacia ya mucho tiempo que iba subiendo trabajosamente por él; de mi frente caían anchas gotas de sudor que lavaban mi camino, y cuando llegué á la mitad de él, en el punto en que el sendero cortado por un barranco encuentra un puentecillo que reúne las dos orillas de la negra garganta y por debajo del cual corre despeñado el torrente, me senté un instante para cobrar aliento al pié de la cruz alzada en medio de él. Un profundo silencio adormecía á la naturaleza; el torrente, casi seco, se deslizaba sin ruido; yo veía las rocas de su lecho poco profundo bañadas por la luz de la luna y que blanqueaban hasta el fondo; la calma de la nocturna atmósfera, tranquila y despejada, era tal que casi se percibían las palpitations de las estrellas.

Un rumor extraño, como el de una respiración agitada, sacóme de mi ensimismamiento; apliqué con más atención el oído, y conocí que era en efecto el resuello penoso de un pecho humano, entrecortado de vez en cuando por un sordo y ténue gemido, que salía de debajo del puente y del fondo del barranco. Contuve un breve rato el aliento, é inclinándome

sobre el pretil, miré al fondo y llamé, pero no vi nada ni nadie me respondió. Entónces bajé por el cauce del torrente hasta llegar debajo del puentecillo: la luna iluminaba su arco bajo y ancho; sus rayos temblaban en las arenas que la escasez de agua dejaba en descubierto, y difundiendo bastante claridad para alumbrarlo todo, permitían que la vista y los piés penetraran allí sin tropiezo. Separé algunas matas de espinos y juncos, y entré con tembloroso paso bajo el arco. Allí tropecé con un hombre jóven, tendido en la arena, con la lividez de la muerte estampada en su rostro, sin vista, sin voz, apoyando los brazos en un objeto largo, estrecho y blanco, que parecía estrechar instintivamente contra su corazón como si fuese un tesoro. Retrocedí al verlo, pero la compasión volvió á acercarme á él; recogiendo un poco de agua en el hueco de una roca, humedecí con ella su rostro desmayado; abrió los ojos, deslumbrados por la luz de la luna, echó una vaga mirada sobre mi traje, y en seguida la fijó en el objeto que estrechaba para cerciorarse de que nadie lo había tocado. Luego buscó en vano en sus labios alguna palabra para bendecirme; quiso incorporarse, mas como no pudiera sostenerse, le hice tragar, aunque con trabajo, una gota de vino añejo que yo llevaba en un frasco para el camino; y cuando hubo recobrado algunas fuerzas, le dije:

—¿Qué haceis, amigo, bajo este arco y á esta

hora? ¿Sois algun criminal perseguido por su crimen, ó algun indigente que no teniendo casa ni hogar, pasa las noches de invierno debajo del puente? Ya seais lo uno ó lo otro, no debeis ocultarme nada; mi ministerio consiste en aliviar, en perdonar; soy el ojo, la mano y el oido de Dios; soy su providencia para todos; soy, en una palabra, el cura de este país!

Al oír este nombre brilló en su rostro un destello de alegría, juntó sus manos y exclamó:

—¡El cura de este aldea! ¡Vos, vos! ¿No me engañais? ¡Ah! ¡Dios es quien os ha enviado: Oh buen samaritano: séame dado llegar hasta vos, y espirar luego con placer!

—¿Qué esperais de mí? le pregunté.

—¡Ah! ¡Mirad, mirad lo que al caer deposito á vuestros piés!

Y retirando su cuerpo, que proyectaba una sombra más oscura hácia la parte del arco y del objeto misterioso, ví sobre la arena una gran caja de madera, cubierta con una tela blanca, á cuyo lado mas ancho estaba cosida una cruz de paño negro tan pequeña que casi pasaba desapercibida; en la parte inferior, tenía la imágen de una santa, entre azucenas, como las que el pueblo suele colgar á la cabecera de su lecho, una rama de boj seco, y algo más arriba una corona de esas flores de papel que figuran en los esponsales, y que se entretajan por medio de un alambre de cobre con plateados oropeles, mísero lujo

marchito del amor indigente! En aquellas señales, tan presentes á mi alma, reconocí al punto que aquella caja era el ataud de una mujer.

—¡Desgraciado! exclamé llevado de mi primera impresion: hablad: ¿qué hacíais aquí? ¡Profanábais la muertel ¿Pretendíais arrebatat á la tumba su misterio? ¿Osábais disputar sus restos á la tierra?

Esta sospecha mia le hizo levantar la frente horrorizado, y juntando ambas manos sobre el ataud, exclamó:

—¡Yo! ¡Yo, profanar la muerte y despo'ar la tumba! ¡Ah! ¡Si hace dos dias que sucumbo bajo ese peso, es por no haber podido obtener de los vivos que una mano consagrada quisiera bendecirla, que se dijera una oracion aparte por su pobre alma. Ese ataud es mio; esa difunta, mi mujer!

—Explicaos, le dije, y si decís verdad, no orareis solo junto á ese querido féretro; mis lágrimas brotarán del corazon juntamente con las vuestras, pues aunque ya no me quedan para mí, todavía tengo para los demás.

Al decir esto, sentéme junto al cadáver en el lecho del torrente.

—Señor, dijo, soy un pobre tejedor: casado jóven aún con la que amaba, vivíamos de trabajo y esperanza en nuestro humilde hogar, y Dios bendijo nuestra union concediéndonos una hija que por San Dionisio cumplirá tres años. ¡Cuán felices éramos los

tres, siempre juntos, en derredor del telar en que nos reunía nuestra cotidiana tarea! ¡Cuántas canciones, miradas y sonrisas de amor nos dirigíamos mutuamente al través de la trama! Mi mujer hacía labores de aguja á mi lado ó me pasaba la lanzadera, y la niña, que conocía ya las piezas del telar, llenaba los husos ó devanaba los hilos, y al anochecer, cuando el lino descansaba en la trama, ¡qué gusto daba vernos á mi mujer y á mí sentados á la ventana, en la que nos perfumaban con sus gratos olores algunas macetas de flores, contemplando la puesta del sol y sus largos rayos de oro que reflejaban en nuestro lecho, comiendo sobre las rodillas un poco de pan y fruta, haciéndonos mútuas caricias, miéntas uno de los dos mecía con el pié la cuna de la niña que sonreía entre sueños! ¡Ah, señor! Aún me parece estar viéndolas, y esa imágen me mata y me corta la voz! El trabajo marchaba bien entonces; mi salario semanal bastaba para cubrir mis atenciones; jamás faltaba tela en el telar, y podíamos alimentarnos bien: de suerte que solo teníamos gracias que tributar al Dios de bondad. Y ¡cuán tierna es la oracion que inspira un amor dichoso! ¡Cuántas lágrimas de ventura brotaban de nuestros ojos todas las tardes al manifestar al Señor nuestra gratitud por sus dones! Mas ¡ay! ¡cuán breve fué este tiempo! Dios hizo soplar en los aires desde el fondo del abismo el mal que nos está diezmando; nuestros vecinos iban sucumbiendo uno

tras otro á sus golpes, y subiendo de piso en piso llegó á nosotros. Nuestra hija fué la primera en respirar una fiebre abrasadora, y cual tierno retoño que se hiela antes que la planta, espiró casi de repente en nuestros brazos. Vendí una cruz de oro para comprarle el ataud; su misma madre la amortajó con su vestidito blanco, la adornó para la muerte como para un dia de fiesta, y llenándola cien veces de besos y lágrimas, y esparciendo sobre sus juntos piecitos las flores de nuestras macetas, sacrificó por ella su última alhaja, á fin de que se la tributasen honras fúnebres como á los difuntos pudientes: yo mismo desprendiéndome de mi único tesoro, arranqué de mi dedo ¡ay! mi anillo de oro, y compré al guardian del cementerio la fosa de tres piés abierta en terreno sagrado!

» La epidemia, introducida ya en nuestra morada, arrebató de mis brazos á mi esposa aquella misma noche; viéndome sin dinero, sin médico, sin sacerdote, sin remedio, hube de limitarme á llamar á todos los santos en su ayuda, á calentar sus piés helados contra mi cuerpo, entre mis brazos, y á disputarla largo tiempo, soplo á soplo, á la muerte. En esa noche de mortal angustia cuántas veces me dijo estrechándome la mano: «Prométeme que no dejarás que echen mi cuerpo sin ataud y sin tumba en la fosa comun, sino que mandarás celebrar honras fúnebres en la iglesia para que nuestro ángel nos conduzca

más pronto al cielo, y para que estando más cerca de Dios y orando por tí, podamos llamarte más pronto á reunirte con nosotros!» Así se lo prometí, padre, y fiada en esta promesa su alma voló al cielo contenta y cariñosa. ¡Ah! ¡Se lo prometí, creyendo que podría obtener más de lo que en estos rudos tiempos es dable alcanzar! Entibiada la caridad á causa de la prolongada epidemia ó de la miseria, apelé en vano á nuestros frios amigos para que me facilitaran el cumplimiento de lo prometido, esto es, cuatro tablas, un sudario, clavos para el ataúd, una misa por su alma, y un rincon en el cementerio!...

» Volví triste y solo á sentarme junto al cadáver, contemplando con desesperacion cómo ardía el único cirio que lo alumbraba. Cuando se hubo consumido, hice á mi esposa, en un arranque feroz, una mortaja con su vestido de boda; arranqué y clavé las tablas de nuestro lecho, y en este féretro de amor la encerraron mis manos; aguardando luego esa hora matinal en que se dice una misa por el alma de los difuntos, y echándome á cuestras esa querida y sagrada carga, fuí, solo, á ocupar un puesto á la cola de los convoyes fúnebres; pero hasta de los barrios más apartados de la ciudad acudían en tropel carros mortuorios, y así en muerte como en vida los más ricos pasaban delante. Relegado al último puesto, de féretro en féretro, y encorvado bajo el mio, me quedé á la zaga de todós; la iglesia estaba ya llena, y el ca-

dáver de mi esposa, sin séquito, sin que nadie llorara por ella, fué rechazado del umbral!

» Dos dias enteros anduve de iglesia en iglesia, procurando obtener las preces prometidas, ó, santamente importuno, sorprender al ménos la bendicion que se da en comun; y dos dias enteros, mendigando en vano la sepultura, volví á mi hogar sin lecho, sin fuego, sin alimento, cada vez más abrumado bajo el peso de mi dolorosa carga..... Por último, Dios me inspiró una idea. «Vamos, dije, á la montaña; quizás la admita allí algun sacerdote por caridad, y apiadándose de mi miseria y mi promesa, le bendicirá gratuitamente el lugar que ocupe en la tierra consagrada por el Señor.»

» Echéme de nuevo á cuestras el ataúd, reforzado; salí de noche de la ciudad dormida, cual ladron furtivo, temblando al menor ruido, conducido sin notarlo por el ángel de mi esposa; penetré al azar por desfiladeros desconocidos, guiándome por los ecos de las campanas, doblégándome á cada paso bajo el peso de mi alma y de tres dias mortales, sucumbiendo ante tan rudo esfuerzo, reanimándome un tanto, y arrastrándome con el ataúd á cuestras, con las manos y las rodillas desgarradas por las piedras. Sintiendo al llegar aquí que mi corazon desfallecia, y temeroso de encontrar algun transeunte antes que rayara el alba, puse mi carga al abrigo de este arco. Mis ojos, casi muertos, han vuelto á abrirse merced

á vuestros cuidados; ¡la gracia del Señor os ha conducido sin duda á encontrarmel!»

—¡Oh hermano! le dije; ¡oh modelo del hombre! quien quiera que seais, ¿qué persona caritativa no se ruborizará en vuestra presencia? ¡Ah! Cuando se encarnizan en nosotros tantas calamidades, cuando el hombre á quien se arroja y se arrastra al cadalso no es mas que vil estiércol barrido por el enterrador, y hasta la tierra se niega á ofrecerle una tumba, ¡cuán dulce, cuán bello es para el corazón contristado ver á la humanidad, en una clase oscura, revelando con semejantes rasgos su naturaleza, guardando tanta fidelidad á la muerte, y viendo en un ataúd la inmortalidad tan sólo! ¡Cuánto orgullo inspira, en este mundo de miserias, ser hombre con ese hombre y darle el dulce título de hermano! ¡Ah! Venid conmigo; ¡valor! Levantaos. El ángel de vuestros amores nos guiará: yo mismo llevaré á tierra sagrada este cuerpo cuya alma os contempla y os ama en el cielo; yo abriré su huesa al amparo del Señor, y haré por sus restos lo que pudiera hacer por una hermana. Pero consolaos, hijo mio; su alma no necesita en el cielo que mi voz la reclame; á los ojos de Aquel á quien un suspiro satisface, ¿qué plegaria valdrá más que lo que habeis hecho? ¿Qué honras fúnebres podrán tener más eficacia que esa noche mortal, ese camino, esa sangre, ese sudor que habeis derramado por ella? ¡Ah! Dios no habrá tenido jamás en su santo tesoro un tributo

que con mayor suavidad haya subido hasta él. Venid: no debemos hacer otra cosa sino devolverla á la tierra; la noche va á terminar, y el día.... Ocultemos á su luz este misterio!

Cogí por un lado el ataúd, el tejedor lo cogió por el otro, y con acompasados pasos, subimos poco á poco por aquellos escarpados senderos; nuestros miembros vacilantes se apoyaban en nuestras almas; el sudor que de nuestras frentes brotaba inundaba el féretro, y la aurora despidió su primera claridad cuando llegué con el moribundo y su querido cadáver á la puerta cerrada de la desierta iglesia. Preparé en silencio el altar sin despertar á Marta, ni al acólito, ni al anciano sacristan; celebré el oficio solemne del día; canté solo las preces de los que mueren en el Señor, mientras el esposo respondía con sus sollozos, desde el umbral del sagrado recinto, á los salmos de la muerte; en seguida, abriendo yo mismo la huesa en el cementerio, bajé el ataúd regado con mis lágrimas; eché sobre él la primera tierra, luego imitéme el esposo: mi pala cerró la fosa en pocos golpes, y la cruz sirvió de remate al lecho del sueño postrero.

Cuando todo quedó terminado, el desdichado joven, vertiendo lágrimas de contento, se sentó sobre la tumba, como el hombre cargado se sienta sobre su fardo al llegar al punto de su destino.

.....

Valneige, 27 de diciembre de 1803.

¡Ha fallecido esta mañana! ¡Descanse en paz su pobre alma! Para darle sepultura abriré la tumba en que duerme su esposa.

.....

\*\*\*\*\*

28 de diciembre, en el lecho.

¡Bienaventurados los ojos que se cierran en el lecho misterioso que cubre la muerte, y la frente que se duerme reclinada en la almohada divina de una santa esperanza! ¡Oh sueño! ¡oh despertamiento! ¡Madre! Laurencia! ¡Habrá llegado el momento tan deseado?

.....

Siento una necesidad de reposo desconocida; noto un velo sobre mis ojos, sombras en mi aposento, alas en el corazón, plomo en cada miembro; el perro me lame la mano como si estuviese enternecido: ¿preverá acaso mi muerte?... ¡Ah, si fuese mañana!.....

.....

\*\*\*\*\*

(El diario, interrumpido por una enfermedad larga y dolorosa, terminaba aquí.)

